

6915

LUIS FABIO XAMMAR

El terremoto en la literatura peruana

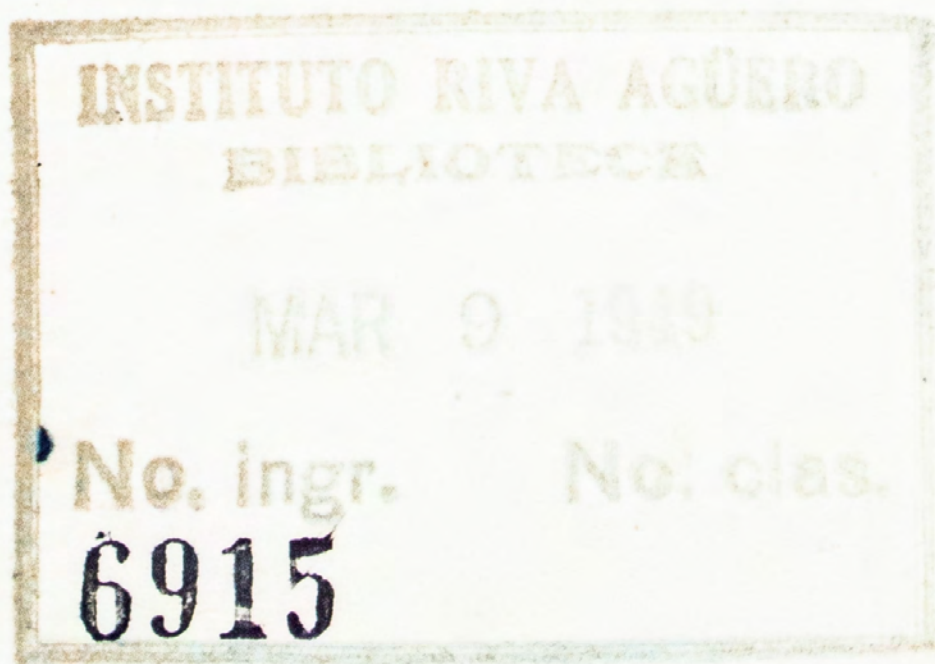
Revista Iberoamericana

Mayo de 1944

869.56

X1T

(SOLO en BiraFx 0524)



El Terremoto en la Literatura Peruana

EL 24 de mayo del año de 1940, Lima se vió conmovida por un terremoto, que violentamente nos puso en contacto con su reconocida fama de ciudad de temblores. Una gran parte de la zona antigua y muchos lugares tradicionales, sufrieron irreparables consecuencias. Los limeños se sintieron un poco ofendidos por esta manifestación de la naturaleza, que interrumpía en forma tan inesperada la dulce modorra de su eterna primavera. Y entonces, entre las conversaciones, un poco para alejar el miedo y otro poco para olvidarse del dolor, surgieron los recuerdos de anteriores movimientos sísmicos, que desde la colonia dejaron una huella pavorosa o anecdótica. Con este motivo me puse yo a hurgar entre papeles viejos, donde encontré graves y abundantes testimonios sobre la forma de asustarse de los limeños en estas ocasiones. Los resultados no dejan de ser interesantes, y por eso los vertí en una conferencia cuya versión, asísmica e inconvencional, doy en estas páginas, que sólo se reclaman del mérito de todos los que escribieron en el Perú, sobre la peripecia constante e irrenunciable de sus terremotos.

Tenemos que hablar de los tiempos en que Lima surgía enamorando a los viajeros que llegaban a su valle exquisitamente templado, y se adormecían en la gama de suaves colores de su campiña. Pero de pronto, cuando más confiados estaban, la naturaleza les hacía sentir el imperio de su fuerza. En esos momentos todos los habitantes se acordaban de Dios momentáneamente, la voz de los sacerdotes resonaba con ecos de admonición desde los púlpitos de las iglesias magníficas y, en las conversaciones pueblerinas, se contaban los hechos maravillosos en los que la voluntad divina se había puesto en evidencia. Este es el tono de nuestras primeras *Relaciones*, al mismo

tiempo de perfil trascendente y de primitiva ingenuidad, pero donde el terror dejaba una marca indeleble y profundamente humana.

Un afán apostólico y ejemplarizador convertía en muy sabrosas algunas de estas *Relaciones*. Nos es fácil comprobarlo, recorriendo una página de fray Antonio de la Calancha, que en el Libro II de su *Crónica moralizada*, justifica su título al referirnos un suceso ocurrido durante el terremoto de Trujillo, de muy profundas conclusiones morales:

En el oficio de un escribano estaban aziendo una escritura dos; y el uno engañava y el otro sufría: aquel vendía la necesidad. y estotro callava su agravio. El escribano favorecía la causa del mal echor, y todos los mas testigos y asistentes eran paniaguados y cooperates en la maldad; ya se iva acabando la escritura para firmar el contrato, comenzó el temblor, y dijo el agraviado, huyamos que tiembla; y respondió el agraviador, luego pasará, acabemos esto. Continuava el furor cayendo terrones, quiso huir el inocente, detúvole el malicioso, diciendo: no sea tan cobarde, que ya pasa. Viendo el escribano que iva arzeziendo el furor quiso saltar la mesa que les atajava el paso, y detúvole el interesado, con que pudo el inocente, y otro su amigo, salir a la plaza, y cayendo todo el edificio le cogió un madero la cabeza entre el canto de la mesa donde escrivía y las manos con que estava escribiendo, y se las cortó como pudiera una navaja. ¹

Este relato es verdaderamente conmovedor, pero no es único. La lectura de otros *Cronistas*, como por ejemplo, fray Bernardo de Torres en el Tomo 4º de su *Crónica de la Provincia Peruana de los Ermitaños de San Agustín*, nos permite llegar a reflexiones inesperadas, acerca del valor de hombres y mujeres ante el peligro:

A trece de Noviembre de 1655 —dice el agustino— a las dos y tres cuartos de la tarde en oposición de Lima fatigó a esta ciudad de los Reyes Corte del Perú, uno de los más terribles y executivos temblores que hasta hoy se han visto en este reino. Con dificultad se podrá discernir qual efecto fué más formidable, si el movimiento y el espanto de los baybenes con que sacudió la tierra, los montes y los edificios de la ciudad, y de quantos pueblos se contiene en cien leguas de costa Norte Sur, y cincuenta Este Oeste: o los clamores, lágrimas y raras penitencias, que los afligidos y temerosos limanos hizieron publicamente para detener el brazo ayrado de la justicia divina. Y menos se puede juzgar, quiénes se mostraron más varoniles en esta ocasión, si las frágiles mujeres o los robustos hombres. ²

En esta última frase, fray Bernardo estuvo verdaderamente fustigante. Junto a él, fray Meléndez no puede ocultar su simpatía por Lima, aun cuando trate de temas tan áridos como los del terremoto:

Ha padecido Lima —dice el *Cronista*— en diversos tiempos los amagos de su ruina con horribles terremotos, impidiendo su heredado temor la altura de sus casas, y no dejando tejar sus edificios, que si se asegurara del todo y levantara sus azoteas, fuera sin contradicción la ciudad más hermosa que ilustrara el mundo. ³

Así fray Juan pone sobre la gracia limeña un elogio encendido e hiperbólico. Después, en su misma *Crónica*, relatará el terremoto de Lima, del 17 de junio de 1678. Pero la Ciudad de los Reyes ya había pasado, antes, por duras pruebas.

Una de ellas es el terremoto de 1582. Un poeta, Martín del Barco Centenera, nos da una minuciosa descripción de él, en su libro *Argentina y conquista del Río de la Plata*. Sus palabras son pintorescas y llenas de franqueza al relatarnos muchas escenas:

Y no se quedó Lima sin su suerte
De pena en este tiempo semejante
Que un terremoto *grande, crudo y fuerte*
Sucede una mañana en un instante,
No ay hombre que a salir de casa acierte
Y aquel que corre más sale delante
No espera la mujer a su marido
La madre dexa al hijo muy querido.

.
De ver era mirar como salían
Con mil disfraces hombres y las damas

.
Las unas en camisa desgñadas
Las otras dando gritos mal cubiertas
Las otras medias caras afeytadas
Caydas, desmayadas a las puertas,
Las otras con sus hijos abrazadas,
Vencidas del temor y medio muertas,
Al fin pasó el tempblor aunque turbada
Quedó la gente toda y espantada. ⁴

En cuanto a la importancia del temblor de 1609, ha quedado en la inmortalidad, gracias al Poema de Pedro de Oña que, aunque chileno de nacimiento, tiene para nosotros esta temblorosa vinculación sísmica. El año de 1909, el erudito J. Toribio Medina reimprimió en Santiago "El Temblor de Lima de 1609 por el Licenciado Pedro de Oña". Uno de los méritos de esta composición es —según lo hace notar el propio Medina— que a pesar de trabajar con mucha lentitud las prensas en esa época, el poema que refería el terremoto del 19 de octubre vió la luz el mismo año. Esto revela una *inspiración relámpago* en la creación del autor. Oña tenía gran apego a Lima, entre otras razones, porque había estado matriculado en el primer curso de Artes de nuestra Universidad de San Marcos.

Para organizar la trama del poema, el autor planea una ficción por la cual dos amigos, Arcelo y Darío, que caminaban una tarde de invierno por la sierra peruana, se vieron sorprendidos por una tempestad y tuvieron que refugiarse en una cueva. Allí Arcelo, a petición de Darío, refiere el acontecimiento ocurrido en Lima:

Al tiempo que la noche desplega
 Su triste sombra desterrando al día
 Cuando con más cuidado Lima estaba
 Cierta señal del daño que venía
 A la sazón que en casa el hombre entraba
 Y que de casa la mujer salía,
 Aquel para mudar el traje honesto
 Y esta para buscar lo que no es esto.

Cual su alma juzgando y cual haciendo
 Hora (que ha de costarle eternos años)
 Y cual estaba ante una cruz gimiendo
 Tanta ofensa de Dios, y tantos daños;
 Cuando se empieza un repentino estruendo
 Y con vaivenes a moverse extraños
 La firme tierra y cuanto carga encima
 Como resulta de arrasar a Lima.

Como se puede apreciar, estos versos tienen la confusión propia de los terremotos. Pero páginas más adelante manifiesta, en cambio, una lograda visión de poeta, cuando habla de la cólera divina:

Ay hombre, no eres hombre, antes encina
 Si cuando mal te tratan das el fruto,

El bruto, a quien le trata bien, se inclina
 Ven, hombre, ven; aprenderás del bruto.
 Mas Oh bondad sin límite, divina
 Que aunque por fuerza, y de ánimo corruto
 Lo que ella da, recibes tú de agrado
 Queriendo hacer del muladar, sagrado. ⁵

Pero el limeño es de un carácter despreocupado, y pronto olvida los momentos trágicos. De tiempo en tiempo, violentas advertencias ponen su terror cósmico en el paisaje, y la alegría gozosa es olvidada, para dejar el paso a una meditación. Los diarios de Lima, de Suardo y Mugaburu, lo atestiguan así. Como es sabido, el primero abarca desde 1629 a 1634. Toma su función con toda seriedad, y consigna los hechos más domésticos que pueden ocurrir en la naciente población, junto a los de auténtica trascendencia. Suardo fué testigo del gran temblor habido el 27 de noviembre de 1630, y lo describe en esta forma:

Este día, a las once y media del día en punto, hubo en esta ciudad un temblor de los más grandes que ha avido, desde cinquenta años a esta parte, que duró mas de un miserere y medio y si, como vino por alto huviera venido por baxo de la tierra, es sin duda que quedava asolada toda esta república.

Lo del “miserere y medio” indica su importancia; y el mismo Suardo la confirma, más adelante, calculando “en más de un millón el daño”. ⁶

Josephe de Mugaburu, en su *Diario de Lima*, no se queda atrás. Habla de los terremotos de Pisco e Ica, de Huancavelica, del temblor de Lima de 1678 y, por último, del que se produjo en 1687, que le suscita muy filosóficos comentarios:

Martes 1º de Abril de 87 años, postrero día de Pascua de Resurrección, a las once y tres cuartos de la noche, hubo un temblor tan horrible por la furia con que empezó, como no comparable con la fuerza con que estremeció toda la ciudad. Y más de un mes antes se andaba divulgando que por una revelación se sabía esto: Dios nos mire con ojos de piedad, que semejante cosa no se ha oido; y se conoció en el modo de remecer que era azote de la mano de Dios. ⁷

Si nosotros queremos amenizar la adustez de estos *Diarios* y *Crónicas*, con la alada inspiración de nuestros genios poéticos, pode-

mos recurrir al muy docto Pedro Peralta Barnuevo Rocha Benavides. Oigamos cómo, en su *Lima fundada*, habla de toda clase de terremotos, entre ellos, del acaecido en Chile:

Subterráneos furoros que encendidos
 Planteles son *sulphureos* de volcanes
 Y exhalados a un tiempo y recogidos
 Son los rayos del orbe y los titanes
 Valles y montes de golpe heridos
 Mezclando las alturas con los planes
 Serán en Chile tan violentas minas
 Que apenas quede suelo a las ruinas.

Estas *sulphureas* rimas se prolongan en muchos versos que tratan de los terremotos de Lima de 1630, 1678 y 1687, el último de los cuales tiene una explicación científico-poética de altos quilates:

El cuerpo de la tierra remecido
 El vaporoso syntoma padece
 Y del ardiente agudo humor herido
 Pulso mortal frecuente le estremece;
 No solo durará el cruel latido
 Frenético accidente la enloquece
 Haciendo porque más poder obtenga
 Que lo que arruina un golpe otro mantenga. ⁸

Haciendo contraste con Peralta, aparece el espíritu socarrón de Juan del Valle Caviedes, verdadero criollo, aunque hubiera nacido en tierras españolas. El es un doble sobreviviente de los médicos y del terremoto. Y aun en medio del pánico, escribe una décima protestando de la costumbre adquirida por un médico que, a consecuencia del terremoto, empezó a usar espada:

Tembló la tierra preñada
 Y al punto que se movieron
 Los montes, luego parieron
 A liseras con espada.
 Porque su traza jibada
 Sin forma ni perfección
 Como es globo en embrión
 Hecho quirúrgica bola
 Así que se puso cola
 Quedó físico ratón. ⁹

También son suyas aquellas estrofas en que se pregunta:

Qué hicieron Lima ilustre
tus fuertes arquitecturas
de templos, casas y torres
como la fama divulga?

No quedó templo que al suelo
no bajase, ni escultura
sagrada de quien no fueran
los techos violentas urnas . . .

(Don Esteban Terralla y *Concolorcorvo* fueron significativos viajeros que llegaron a Lima por dos distintas sendas. El malhumorado andaluz viene del Norte lejano de México y escribe lo que se podría calificar de un magnífico planfletto poético contra Lima. El sagaz y astuto Bustamante, describe el viaje realizado desde el extremo Sur del continente por la ruta del Alto Perú. Verdaderamente admira que ni Terralla en su *Lima por dentro y por fuera*, ni *Concolorcorvo* en *El lazarillo de ciegos caminantes* se hubieran interesado por el permanente problema limeño de los terremotos. Misteriosos designios sobrenaturales lo impidieron, y hay que rendir tributo a este paréntesis de discreción.)

Pero este vacío lo llena el muy ilustre Rodrigo de Carbajal y Robles, que en su libro sobre las *Fiestas que celebró la Ciudad de los Reyes al nacimiento del Serenísimo Príncipe don Baltasar Carlos de Austria*, describe la interrupción de la alegría ciudadana ocasionada por el temblor:

Sobresaltó la fiesta un alboroto
que sacudió tan fiero un terremoto
del aire, que se encierra
en las concavidades de la tierra

.

Viéronse estremecer fornidas rocas
y abrir la tierra formidables bocas,
rajarse peñas, desgastarse riscos,
hervir la arena, trastornarse el suelo,
crujir los encumbrados obeliscos,
ensordecirse el cielo,
bramar el duro monte,

cegarse el horizonte,
con las nubes de polvo que se hacían
del que los edificios sacudían. ¹⁰

La descripción no puede ser más patética; pero aunque parezca mentira, el Conde de la Granja lo supera en dramatismo, cuando en su *Vida de Santa Rosa* describe un terremoto en Quito:

Los Polos en sus basas vacilaron
Al violento bayben del terremoto
La fábrica celeste desplomaron
Un eje y otro de sus quicios roto:
Los astros entre sí se barajaron
Aun los que tienen el engaste inmoto
Quedando al contratiempo que le altera
Descoyuntado el cuerpo de la esfera. ¹¹

Más literario, Juan de Miramontes, en sus *Armas antárticas*, alude a uno de nuestros temblores, en su Canto VIII:

Pues ves que los profundos se estremecen
Asperos infortunios anunciando
A tiempo que en los cielos se parecen
Prodigios, cierta guerra amenazando:
Los vientos de turbiones se oscurecen
Y las concavidades retumbando
Publican que principios son expresos
De escandalosos males y sucesos. ¹²

La musical inspiración de los poetas se ve, en algunas ocasiones, interrumpida por las atropelladas explicaciones de los escritores en prosa. Si hojearnos el volumen de la colección Odriozola, dedicado a los terremotos, encontramos esta peligrosa narración motivada por el sismo de 1687:

La Ciudad de Lima, que es la patria de la abundancia y riqueza, como puede reconocerse en los tesoros que en esta armada del año de 1690, remite a España . . . padece dentro desí su mayor trabajo, pues formándose en los senos y cabernas de la tierra sulfúreas tempestades, rompen a veces con tan escandaloso estremecimiento, que nos dan a padecer los sustos de las postreras ruinas. Este mal, entre todos es más general e inevitable, como disputa Séneca en sus cuestiones naturales; porque ¿dónde hallará refugio un combatido, cuando es

igual en todas partes la amenaza? ¿Qué escape puede haber, donde el miedo aprisionado no puede huir? ¿Qué lugar hay defendido que pueda ser de otros y de sí mismo defensa? ¹³

A estas filosóficas descripciones hay que añadir la del padre Joseph Buendía; ¹⁴ la de Francisco Antonio de Montalvo que dice: "Todo de aquella tierra desunido y arrebatado de su centro horrendamente confuso tembló..."; ¹⁵ la del padre Castillo en su *Autobiografía*, ¹⁶ y otras que cansaría oírlas enumerar: Memorias de los Virreyes, *Historia del Nuevo Mundo* por el padre Bernabé Cobo, etc., etc.

En el siglo XVIII, los prosistas tienen verdadero predominio. Varios extranjeros se abisman ante este fenómeno inusitado. El padre Niel hace un elogio de Lima y una lamentación de sus terremotos, ¹⁷ y Jorge Juan y Antonio de Ulloa los sitúan dentro de una clasificación muy curiosa. Los conocidos viajeros, en su *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, después de hablar de las plagas de Lima en verano (las chinches y las pulgas), dicen: "A las plagas de los insectos sigue el riego de los terremotos; siendo tal la propensión de aquel país a ellos, que sus habitantes viven con el continuo sobresalto de sus estragos." Anotan, también, que los ruidos que los preceden son como mugidos de buey y tiros de artillería. ¹⁸ Pero esta descripción y la Epístola que escribió el Marqués de Obando sobre la inundación del Callao y terremoto de 1746, palidecen ante los términos de la Carta que Eusebio Zapata y Llano escribió a su venerado amigo el doctor Ignacio Chiriboga y Daza, canónigo de la Santa Iglesia de Quito, en la cual manifiesta una erudición que sobrecoge:

"Afirma Aristóteles que los más temblores acontecen de noche: Esto mismo San Alberto Magno, y el padre Juan Zapata Kinter que en serenidad de Cielo, tranquilidad de Mar y quietud de la Tierra, suceden sus más grandes movimientos, como lo experimentó Lima en la mencionada noche y se verá abajo el efecto de su estrago." Y luego, añade:

A las diez de la noche en este día abortaron las nubes una especie de menuda lluvia que continuó cayendo hasta las siete de la mañana del siguiente día, y creo que abiertas las oficinas subterráneas, y rotos los conductos y poros, con los repetidos movimientos saldrían ejércitos de exhalaciones mezcladas de las partículas nitrosas sulfúricas y oleaginosas, que volviendo a buscar el centro de la tierra, conver-

tidos ya en malignas gotas por infrigidación del aire superior, esterilizaron los campos y abrazaron las sementeras dejando a los hombres con la malignidad de su respiración y pestíferos eruptos de sus bostezos, expuestos a catarros, dolores pleuríticos y profluvios de vientre.¹⁹

Hay narradores patéticos, que toman las cosas por el lado sentimental. Uno de ellos es J. A. Reynolds, que con motivo del movimiento del año 1746, estampa estas líneas:

Por aquí se veía al padre preguntar por el hijo; al hijo llorar la pérdida de la madre; más allá al pariente lamentar sus relacionados y amigos. Todo era consternación y dolor. Los hombres hablaban sin tino, pero sus pensamientos se leían en sus miradas. La magnitud de su pesar la manifestaban con la vista convulsiva. En fin, no era una vida la que lloraban sino una muerte lenta la que sufrían...²⁰

No podía faltar el tema del terremoto entre las *Tradiciones peruanas*. Un rápido recorrido nos informa de variadas alusiones; pero singularmente en el tomo II, anotamos una *Tradicción* titulada "Conversión de un libertino", cuyo eje central es el movimiento sísmico de 1746. En ella Ricardo Palma recoge la copla popular que se cantaba entonces:

Un faldellín he de hacerme
de bayeta de temblor
con un letrero que diga
¡Misericordia Señor!

Cuenta nuestro *tradicionista* la historia de don Juan de Andueza, mozo alegrón y enamorado que se encontraba en una *jarana*, donde se cantaba aquello de:

Levántamelo María
levántamelo José
si tú no me lo levantas
yo me lo levantaré.

Que se quema el sango
¡No se quemará!
Pues vendrán las olas
y lo apagarán.

Para castigarlos, el mar quiso apagar el *sango*.²¹

Clemente Althaus, también perteneciente a nuestra generación romántica, dedica uno de los sonetos incluidos en sus *Obras poéticas* a describir el temblor. He aquí la primera estrofa:

Temblor, temblor; con subterráneo ruido
Velocísimo llega de repente;
Moverse el suelo, cual bajel, se siente
Y crujir techo y muro sacudido . . .²²

Y Manuel Atanasio Fuentes, el inimitable “Murciélago”, determina en las páginas de su popular libro sobre Lima, las épocas en que se producen los temblores. Sus afirmaciones están construídas en tal forma, que no corre peligro de equivocarse, cuando dice, textualmente, que: “La estación en que más se repite este fenómeno es entre la primavera y el estío, aunque no sea muy extraño en el otoño.” Para completar su observación tan precisa, sólo le faltó decir que, en algunos casos, también se producían los temblores en invierno. Luego añade que “el número medio de los temblores, al año, es de ocho”.²³

Así llegamos hasta la poesía de José Santos Chocano, toda recorrida de temblores cósmicos, como cuando en su fragmento de epopeya *El Hombre Sol*, describe el despertarse de las cumbres:

Y como recorridas por un temblor, de pronto
las cumbres de los Andes se despiertan . . .²⁴

Nuestra generación modernista no sintió tan próximo el problema del terremoto. Las frases agudas que sugería cualquier temblor se perdían en las conversaciones gratas y matizadas a que eran tan afectos los poetas. Sin embargo, queda la inspiración de uno de sus mejores representantes, José Gálvez, quien en su *canto jubilar* “A Lima”, recuerda:

Ciudad donde no truena
pero donde la tierra se amotina
con subterránea tempestad, supiste
ser grande y ser serena
después de cada ruina;
y así te rehiciste
y te alzaste, señora de tu gracia.

En cambio, para los de la *Generación del 18* el terremoto significó otro centro de interés: aparece la etapa de *interpretación*. Jorge Basadre escribe, en uno de sus libros, que en el decurso de nuestra formación "el terremoto balanceaba la obra sedante y disolvente del clima, de la vida regalada".²⁵ Corrobora esta opinión una página de Jorge Guillermo Leguía, quien al hablar de *Lima en el siglo XVIII* dice: "Frecuentemente era un terremoto, un temblor intenso, una peste o la sequía y esterilidad de los campos, la chispa que encendía en aquel sentido el alma de nuestra sociedad."²⁶ Algunos años más tarde, Raúl Porras, en su *Perspectiva y panorama de Lima*, hace notar que *la garúa y los temblores* constituyen elementos indispensables para comprender a Lima: "Ambos definen momentos de la ciudad y deciden matices psicológicos del alma limeña."²⁷ Junto a ellos, Héctor Velarde sutiliza gravemente sobre sus diversos aspectos, en tantas páginas que no es necesario citar por ser demasiado conocidas, impregnadas del ingenio de su espíritu sagaz.

En esta forma llegamos a nuestra experiencia más próxima. Ya sobre ella Torres de Vidaurre ha escrito un romance con reminiscencias lorquianas. Y los sismógrafos, empeñados en dejar malparadas las estadísticas de Manuel A. Fuentes, se esfuerzan en registrar temblores en todas las estaciones del año, y en un número que supera en varias decenas a los cálculos más pesimistas de nuestro inquieto limeñista.

LUIS FABIO XAMMAR,
Lima, Perú.

BIBLIOGRAFIA

1 *Crónica/ moralizada/ del orden de/ San Agustín en el/ Perú, con sucesos/ ejemplares en esta/ Monarquía, etc., etc.,* por Fray Antonio de la Calancha. Lima, 1638. (Libro II, Cap. XXXVI.)

2 *Crónica/ de la provincial/ peruana del orden de los/ ermitaños de San Agustín/ nuestro padre:/ dividida en ocho libros/ etc., etc.,* por Fray Bernardo de Torres. Lima, 1657. (Libro 4º, Capítulo XXII.)

3 *Tesoros/ verdaderos/ de las Indias/ en la historia de la gran provincia/ etc., etc.,* por Fray Juan Meléndez. Roma, 1681. (Libro II, Capítulo I.)

- 4 *Argentina/ y conquista del Río/ de la Plata, con otros acae-/ cimien-
tos de los Reynos del Perú, Tucumán y esta-/ do del Brasil, por el Arcediano
don Martín del/ Barco Centenera/ etc., etc.* Lisboa, 1602. (Canto XXIII.)
- 5 *Temblor del/ Lima años de 1609/ Gobernando el Marqués/ de Montes-
claros, Virrey Excellentísimo/ y una canción real panegírica en la/ venida
de su Excellencia a/ etc., etc.,* por el Licenciado Pedro de Oña. Lima, 1609.
- 6 *Diario de Lima* de Juan Antonio Suardo (1629-1634).
- 7 *Diario de Lima* de Joseph Mugaburu (1640-1694).
- 8 *Lima Fundada/ o conquista del Perú/ poema heroico/ en que se de-
canta toda la Historia/ del descubrimiento y sugestión de sus provincias/ por
Don Francisco Pizarro, Marqués del/ los Atabillos, Inclito y Primer Gobernador
del/ etc., etc.,* por Don Pedro Peralta Barnuevo. Lima, 1732. (Canto VI.)
- 9 Juan del Valle Caviedes, *Diente del Parnaso*.
- 10 Biblioteca de Cultura Peruana, *El apogeo de la literatura colonial*.
- 11 *Vida/ de Sta. Rosa/ del/ Santa María/ natural de Lima/ y patrona
del Perú/ poema heroyco/ por don Luis Antonio de Oviedo/ y Herrera, caba-
llero del orden de Santiago/ Conde de la Granja.* Madrid, 1711. (Canto VI.)
- 12 Juan de Miramontes Zuázola, *Armas antárticas*. (Canto VIII.)
- 13 *Terremotos/ colección de las Relaciones/ de los más notables que ha
sufrido/ esta capital/ y que la han arruinado/ etc., etc.,* colectadas y arregladas
por el Coronel de Caballería de Ejército Don Manuel de Odriozola. Lima, 1863.
(pág. 23.)
- 14 *Vida admirable/ y prodigiosas virtudes/ del venerable y apostólico/
padre/ Francisco del Castillo/ de la Compañía de Jesús/ etc., etc.,* por el padre
Joseph de Buendía. Año MDCXCIII. (pág. 637.)
- 15 *El sol/ del nuevo mundo/ ideado y compuesto/ en las esclarecidas
operaciones/ del Bienaventurado/ Toribio/ Arzobispo de Lima/ por el doctor
Don Francisco Antonio de Montalvo.* Roma, 1683. (pág. 22.)
- 16 Autobiografía del padre Castillo. *Rev. del Archivo Nacional*. (Tomo
III.)
- 17 *Cartas/ edificantes y curiosas/ escritas/ de las misiones/ extranjeras/
por/ algunos misioneros/ de la compañía de Jesús/ etc., etc.* Madrid, 1754.
(Tomo III, pág. 266.)
- 18 *Relación histórica/ del viaje/ a la América Meridional/ hecho/ por
orden de su Magestad/ para medir algunos grados de meridiano/ etc., etc.,*
por Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa. Lima, 1748. (Libro I, Parte II,
Capítulo VII.)

- 19 Manuel Odriozola, Colección de documentos literarios del Perú.
- 20 *Historia de la ruina de Lima y del Callao en el año de 1746*, traducida de las obras de Don J. A. Reynolds. Lima, 1860. (Segunda edición.)
- 21 Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*. (Tomo II, pág. 157.)
- 22 Clemente Althaus, *Obras poéticas*. Lima, 1872.
- 23 Manuel A. Fuentes, *Lima*. París, 1867. (pág. 5.)
- 24 José Santos Chocano, *Ayacucho y los Andes*. Lima, 1924. (Canto IV, I.)
- 25 Jorge Basadre, *La multitud, la ciudad y el campo en la Historia del Perú*. Lima, 1929. (pág. 80.)
- 26 Jorge Guillermo Leguía, *Lima en el siglo XVIII*. Lima, 1921. (pág. 21.)
- 27 Raúl Porras, *Pequeña antología de Lima*. Madrid, 1935. (pág. 18.)



PUCP - BIBLIOTECA
55543109879315



W/Foll
869.56
X39